

Momentos de la guerra del '14-'18 en Trieste

Moments of the '14-'18 War in Trieste

Silvio Benco
(Trieste, 1874 – Turriaco, 1949)

Texto traducido y publicado el 30/01/2018

 Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Pocos literatos dejaron una huella tan honda en la actividad cultural de Trieste de la primera mitad de siglo como el escritor y periodista Silvio Benco (Trieste, 22 noviembre 1874 – Turriaco, 9 marzo 1949). Habitual en diarios de la ciudad juliana como *L'Indipendente* (donde trabajó amistad con Italo Svevo, quien le pondría en contacto con el recién emigrado James Joyce) o *Il Piccolo* (donde comenzó a colaborar en 1903 y mucho más tarde dirigiría), estuvo entre los fundadores de la Associazione della Stampa Italiana a Trieste y del diario triestino *La Nazione*, del que fue su primer director. Candidato a la Accademia d'Italia, a la que no accedió ante la oposición de Mussolini, Silvio Benco fue, además de su ingente labor periodística y un conspicuo traductor (tradujo, entre muchos otros, a Goethe, Shakespeare, Tolstoi, Baudelaire y Poe, entre muchos otros), un atento observador de la realidad triestina en artículos y ensayos como *La corsa del tempo* (1922), *Trieste* (1932) o el póstumo *Trieste e il suo diritto all'Italia* (1952). Los siguientes fragmentos forman parte de los capítulos iniciales de su obra *Momenti della guerra del '14-'18 a Trieste*.

GUERRA NO ESPERADA. La preparación de una guerra, el período de tensión que poco a poco intoxica las relaciones internacionales, debería ser para una ciudad el pasaje graduado de la vida local a una vida de comunidades más amplias. En realidad, si Trieste se dejó arrastrar lentamente por el dramático embrollo de la intriga política que se cernía tras la tragedia de Sarajevo, es cierto que hasta el último momento ni mostró de forma completa su alejamiento de la vida ordinaria, ni la ciudad se abandonó a los acontecimientos hasta el punto de librarse del cerco de sus pequeños hechos cotidianos. Ya que los sucesos, a más grandes, tanto más parecen estar proyectados sobre una lejana pantalla.

Al igual que toda Europa, también Trieste sintió la sangrienta crisis de 1914 acercarse de un modo muchos menos estruendoso que las cruentas crisis de 1908-1909 y de 1912-1913. Entonces la preparación militar había sido palpable, había dejado heridas punzantes a su paso por el organismo nervioso de la ciudad. En 1908-1909 la movilización tácita, en pequeña escala, bajo la forma de complemento de tropas, había arrancado a los jóvenes y a los hombres de sus familias uno a uno; entonces los curiosos noctámbulos hablaron de cordones militares que vigilaban de noche los recintos del Punto Franco, donde se embarcaban para la Dalmacia regimientos llegados en trenes de forma misteriosa; alguno aseguraba haber oído, en algún cruce accidental de líneas telefónicas, conversaciones militares en torno a la expedición al sur de artillería pesada; y oficiales de todo tipo, de regimientos desconocidos, con distintivos de todos los colores, de fisonomía nórdica, bohemios o galicianos, habían pisado cada día el empedrado triestino antes de desaparecer hacia sus ignorados destinos. Se había escuchado la guerra, mientras no era guerra. Y así pasó en el otoño de 1912, cuando los Balcanes atacaron Tuquía, y así en el invierno siguiente, cuando el irritable Gobierno de Viena hizo bramar las armas ante la ocupación serbia de la costa albanesa o ante la ocupación montenegrina de Scutari. Ahora, por el contrario, cuando la guerra se nos echaba encima, se la creía lejana: faltaba esa preparación visible de la que ya en tres o cuatro ocasiones se había tenido experiencia. No se pensaba que la puesta a punto de las fuerzas durante las crisis

anteriores había sido, en realidad, el ensayo general de un trágico espectáculo y que un día se alzaría de repente el telón.

UN REY Y UN ARCHIDUQUE. Entonces el emperador Guillermo bajó al Adriático; iba a su habitual refugio oriental de Corfú; y, pasando por Venecia, donde había hablado con el rey de Italia, venía por primera vez a Trieste. Aquí le esperaba el archiduque Francisco Fernando en el castillo de Miramar. La Göben y la Breslau, que escoltaban al Emperador, intercambiaron saludos con la entera tropa austriaca alineada frente al castillo. Se anunció una visita de Guillermo a la ciudad; pero luego no tuvo lugar. Casi todo el día el Emperador estuvo dialogando con el Archiduque. Lo había visto recientemente y tenía que volverlo a ver al poco tiempo en medio a los rosales floridos de Konopischt. Entonces llevaría consigo también al jefe del Estado Mayor, al general Moltke, y al gran almirante Tirpitz, para admirar las rosas del Archiduque. En Miramar las rosas no estaban todavía en flor; sí las perfumadas lilas y el precoz cítiso en el árido litoral. Pero los pensamientos de los dos poderosos hombres debían estar puestos en otras cuestiones: alguien que los observó dialogando en la terraza del parque contó luego que hablaban acalorados y casi discutiendo. ¿Se preparaba ya entonces la gigantesca guerra a la que el inesperado asesinato del Archiduque mismo serviría poco después como el más inesperado pretexto? En verdad, estaba en la oscura conciencia de todos que algo muy grave se estaba preparando. Attilio Tamaro, con su verdaderamente singular clarividencia, declaró inminente la conflagración europea; ¡la fijó para la Pascua del año siguiente en la Trieste italiana! Saturada de una electricidad insoportable, Europa parecía no poder contener más su carga electrostática; dividida por problemas nacionales, Austria-Hungría parecía buscar refugio en la unidad de sus fuerzas militares e invocar su salvación mediante una guerra victoriosa. ¿Quién la empujaba a tal acción? Era opinión de la mayor parte de la gente que era el Archiduque quien lo hacía; y que Guillermo, como otras muchas veces en los últimos tiempos, evitaba precipitar los hechos. Esta opinión tuvo que modificarse luego. Surgió incluso la duda, tras la muerte del Archiduque y viendo cómo se habían abierto las compuertas de la guerra, que él mismo era ese dique y que, una vez desaparecido, todas las decisiones cedieron a la impetuosidad bélica de la maravillosamente preparada Alemania. Pero en aquellos días de primavera el Archiduque era considerado por todos como el mayor partidario de la guerra, mientras que el emperador Guillermo era el sabio guardián de una paz alimentada durante veinticinco años de reinado. Así se imaginaban la posición de los dos personajes quienes fantaseaban en torno a las acaloradas charlas de Miramar.

Trieste no le había sido mostrada al Kaiser más que desde mar adentro: barcos a vapor eslavos con banderas tricolores eslavas y vapores alquilados por alemanes y barcas de artillería alemanas con banderitas germánicas surcaban el mar por todas partes frente al castillo de los Habsburgo. La ciudad italiana había observado desde lejos, con sus gentes arremolinadas en la orilla, la gran escenografía naval de la partida del Emperador. Pasó el blanco Hohenzollern entre un encendido nimbo y en el fragor de los atronadores cañonazos de las dos alas de las naves; pasó la Göben, potentísima nave de heórica silueta; pasó la esbelta Breslau y se perdió la última entre los vapores de uno de los más suaves atardeceres que puedan darse en el mar. La naturaleza parecía cómplice de aquella ilusión de paz en la que el espectáculo de fuerza no podía pensarse más que como algo festivo.

SARAJEVO. Era una tarde clara y pálida de domingo cuando corrió por los cafés de la ciudad la noticia del Archiduque y de su mujer asesinados en Sarajevo...

Y SIN EMBARGO... Y sin embargo, la guerra ya estaba presente. La vieron, propagándose como una llama, los ojos más agudos que leyeron entre líneas la imperiosa nota de Austria-Hungría en Belgrado. La intuyeron en sus reflejos, inmediata e inevitablemente gigantesca. El tranquilo hogar de la paz fue sacudido aquella mañana del 24 de julio en que apareció el más infame documento de la historia. En el blanco y negro de los periódicos abiertos de par en par, los espíritus más despiertos vieron empalidecer el sol. Vieron venirse abajo montañas, abrirse precipicios, una generación perder su equilibrio y sumergirse en la corriente de un futuro incierto, nubes de humo, de polvo, de vapor gris campar por el horizonte, arrastrando todo lo que hasta aquel momento había conformado la visión del mundo. Pero la gente menos preparada, más lenta, no comprendió, no entendió que por el contrario aquel era un día fijado por el destino. La Bolsa, antes de que la cerraran a toda prisa, se había sostenido espasmódicamente. Solamente por la mañana, cuando los comentarios de los periódicos se multiplicaron, cuando quedó claro que en todos los países de Europa el pensamiento corría veloz hacia las armas, se empezó a notar la grave presión de ese aire cargado de ansiedad. Por la tarde –se acercaba el momento en el que Serbia debía contestar– el ritmo del trabajo se paró por primera vez, la fiebre de la espera impedía cualquier actividad cotidiana. Todos bajaron a la calle, escucharon en las mesitas de los cafés las sentencias proféticas de los políticos, corrieron nerviosos a los teléfonos, se metieron en las prohibidas cámaras de la Bolsa o se plantaron bajo la redacción de *Il Piccolo* con la nariz en alto.

A las cinco de la tarde se extendió entre la multitud el rumor de un telegrama del *Frankfurter Zeitung* que anunciaba que Serbia se plegaba a todos los deseos de Austria-Hungría. La *Neue Freie Press* lanzó este último rayo de esperanza a las Bolsas en agonía. Era la paz. Una hora más tarde una ansiosa voz desde Viena transmitía por teléfono a la redacción de *Il Piccolo* una sola palabra: ¡La guerra! El comunicado oficial despejó luego cualquier incertidumbre: la respuesta serbia es insuficiente, el ministro austro-húngaro Giesl parte para Belgrado, rotas las relaciones entre Austria y Serbia.

La chispa había encendido la mecha. Aquella noche misma la ciudad, que veinticuatro horas antes se mostraba interesadísima por los cambios de hotel del ingeniero Ulivi y discutía sobre si adornar o no los puestos ambulantes de los fruteros, se veía sorprendida por la orden real de movilización del ejército y de una parte de la leva, por la suspensión de las más importantes garantías constitucionales, por la intervención de los servicios telegráficos y telefónicos privados y por la aplicación de la censura a la prensa. Se estaban sentando las bases del férreo círculo del estado de guerra.

EL DÍA DESPUÉS. Pero de las mordazas impuestas a la prensa se hablará en otro capítulo. Ahora toca la crónica de la ciudad.

Después de la estrepitosa tarde del 25 de julio, vino la mañana del 26. ¡Qué cuadro tan distinto! Mañana de domingo; pero no festiva. De verano y de sol, pero rígida y helada. Las primeras mujeres que se encontraban por la calle tenían los ojos aterrorizados y enrojecidos por el llanto. Por las calles todo era un ir y venir presuroso de hombres, aislados autómatas que el destino arrastraba. Absortos en su turbio desconcierto caminaban mecánicamente con una especie de oscura concentración. Solo en las esquinas de las calles, en las aceras, algún grupito de gente leía ciertos grandes carteles amarillos e intercambiaban palabras tímidas y cautas: eran los bandos oficiales pegados la noche anterior que anunciaban la

movilización; el bando que pedía ir sus sedes a todos los que estaban obligados a prestar servicio activo; el bando que convocaba a la primera remesa de la leva forzosa, todos los hombres de hasta 37 años. En veinticuatro horas. ¿Quién había sido llamado? ¿Quién no lo había sido? Y corrían, casi empujados por la ilusión de su propia duda y al miedo a castigos desconocidos si llegaban demasiado tarde. Aquel correr de hombres solitarios, que esparcían por toda la ciudad el sentimiento de su horrorizada soledad, confluía, se engolfaba en las calles donde tenían sede las distintas oficinas militares. Toda la calle estaba bloqueada por un compacto grupo de hombres bajo el Consejo de Tenientes. En aquel grupo había centenares de hombres pálidos, de ojos lacrimosos, de ansiosos corazones, de corazones rotos. Una vez separados de los brazos de sus mujeres –la esposa, la amante, la madre–, los convocados ascendían la escalera fétida y oscura para escuchar su destino. Las mujeres permanecían inmóviles con las rodillas un tanto dobladas; solo los ojos suplicantes miraban hacia arriba. Espera de minutos, de cuartos de hora, de muchos cuartos de hora; al final, los hombres reaparecían con la voluntad de mantenerse erguidos sobre sus vacilantes piernas, con una sonrisa pálida o sin sonreír. Nada de palabras; abrazos y lágrimas; desesperación y consuelo. La mañana anterior llevaba la certeza de continuar la pobre vida tranquilamente, la mañana de hoy era toda incertidumbre: todo lo que ayer parecía indiferente y monótono parecía ahora felicidad perdida. El sabor del último pan les subía por la garganta con la amargura del llanto reprimido.

Esta intimidad con el dolor turbaba por momentos la ciudad, palpitante en el nimbo fantástico de las charlas sobre lo que acontecía. No se veían ya nada más que las poses heroicas de las oficinas en vela y la espectacular tragedia de los Gobiernos dispuestos a desplegar los pueblos como acumulación de fuerzas listas para el choque: se empezaba a ver la desgracia desencadenada por Austria con las múltiples caras de su tristeza: la separación de aquellos a quienes se amaba y la inmersión en la desconocida profundidad, y la viudedad, y la orfandad en la noche sin estrellas, y comercios encallados en las orillas, y fábricas oxidadas por la inoperancia (no se concebía todavía la industria de la guerra), y brazos enflaquecidos por la inactividad y la inanición, y la lúgubre inquietud lobesca de quienes no tenían trabajo y tenían hambre, y la pérdida imprevista de quienes hasta ayer tenían y creaban riqueza para sí mismos y para los demás. Ahora, aquel elemento económico del peligro de guerra, que pocos días atrás no se comprendía viendo las repentinas subidas y bajadas de la bolsa, aparecía entero, concreto, presente, con la pesimista unilateralidad del primer juicio en torno a las desastrosas consecuencias de la economía de guerra: de ahí el estado de ánimo de sorda hostilidad frente a la nueva aventura, ya irreparablemente puesta en el crisol de los sucesos.

EL TERCER DÍA. Sobre la ciudad, cogida por el cuello ante la inmediatez de la guerra, pesaba un cielo turbio henchido de enormes nubes violáceas que corrían agitándose en el horizonte y desatando truenos.

La tarde acabó con la caída de una llovizna melancólica. La policía a caballo vigilaba los alrededores del Consulado de Rusia para impedir altercados intempestivos de alborotadores; otros policías estaban de guardia en los muelles y visitaban los piróscafos para atrapar a los alistados que intentaran cruzar el mar. Despuntó un nuevo día: y fue distinto. Tenía que ser un día de trabajo, pero nadie trabajaba. La genta tenía en la cabeza a los hombres que partían, no el beneficio; tenían en la cabeza puesta en las noticias, no en los intereses. Las noticias no fueron buenas aquel día; se prometía que triunfarían los pasos dados por la paz anunciada

por Inglaterra; se prometía que tomaría cuerpo la mediación de Italia; los optimistas mordisqueaban el almibarado pastel que las autoridades ponían al alcance de los alistados: “la movilización no es todavía la guerra”.

MIENTRAS TANTO. Mientras tanto, la tragedia avanzaba. El 27 de julio hubo floridas esperanzas de paz; el 28, Austria-Hungría rompía con todo declarando la guerra a Serbia. La noticia se extendió por Trieste a última hora de la tarde. La ciudad, llena de gente que tenía en las manos *Il Piccolo della Sera* recién salido, parecía desierta: tan grande era el silencio, el aislamiento de cada uno en sí mismo, el abismo desencadenado al destaparse la mentira: “la movilización no es la guerra”. Mujeres y chavales, palidísimos, miraban con ojos inexpresivos el periódico como si les fuesen a faltar las fuerzas o estuviesen a punto de romper en llanto. Había madres que arrastraban por la calle a un hijo que caminaba aturdido, con los ojos en blanco, ajenas de repente a las telas elegantes que vestían y al frívolo gorrito ajustado en sus cabezas en ese momento de la última ilusión. La ciudad había perdido la vergüenza de su dolor; se lamentaba por las calles con aquellos miles de mujeres que habían visto a sus hombres partir hacia la muerte, sin pasión y sin motivo.

Una hora después, caída ya la noche, encendidas las luces, se precipitó sobre la ciudad abatida en el gris del crepúsculo la feroz avalancha de los alborotadores que marchaban con un par de estandartes amarillos y negros. Los empleados y trabajadores del Estado, los oficiales y sus familias, y los comerciantes alemanes, y muchos alemanes empleados en las casas comerciales y en los bancos, y una porción del pueblo bullicioso, aparecieron en la Plaza Grande, creando un gran tumulto, para quitarse los sombreros y gritar bajo las banderas de la Triple Alianza que colgaban de la fachada de la alemana Sociedad Schiller. La banda militar se puso a tocar solemnemente el himno del Imperio frente al edificio de la Comandancia. Luego los agitadores quisieron hacer una marcha y llamar a la ciudad al entusiasmo: pero no les siguió ni la gente oficial de la Plaza Grande, ni encontraron a ninguna otra gente que les siguiera, de modo que se vieron reducidos a un grupito solitario, se perdieron finalmente y se disolvieron en la noche.

Traducción de Juan Pérez Andrés